

LA CONCIENCIA MEXICANA EN LA OBRA DE FRANCISCO XAVIER CLAVIJERO

Antonio GÓMEZ ROBLEDO
El Colegio Nacional

I

EN LA HISTORIA O EN LA SOCIOLOGÍA de la cultura ha pasado a ser una observación casi trivial, a fuerza de repetirse, la de que la conciencia nacional, con todos los valores que lleva consigo, no nace, o no se revela por completo, sino en las grandes crisis. No es en el apogeo de la acción, como a primera vista pudiera creerse, sino en la depresión que sigue, en la reflexión que sucede a la acción fallida, cuando el *Volksgeist*, el espíritu del pueblo, se hace patente a sí mismo. De los infortunios del regreso nace la *Odisea*, poema de profundidad espiritual mucho mayor que la otra epopeya homérica, concebida en la luz solar de la batalla. De la derrota de Roncesvalles nace la *Chanson de Roland*, la primera pintura de la "dulce Francia". Del destierro del héroe nace el *Cantar de Mio Cid*, la primera expresión de la conciencia hispánica; y del *Quijote*, por último, su expresión perfecta, ha podido decirse que es el libro del desencanto español.

De una experiencia semejante brota, a mi entender, la plena eclosión de la conciencia mexicana en la segunda mitad del siglo XVIII. Maduro ya, sin duda, el pueblo mexicano para la independencia, habría continuado sin embargo, según todas las apariencias, vegetando en la calma chicha del virreinato hasta no verse sacudido por el gran acontecimiento que fue, también para nosotros, la invasión napoleónica de la Metrópoli. En esta condición continuó de hecho la masa popular hasta el advenimiento de tales sucesos; pero no así, en cambio,

un grupo de altos espíritus en los cuales se revela la patria, con entera plenitud, al verse ellos arrojados definitivamente de los patrios confines.

Entiendo referirme —aclaración apenas necesaria para el lector menos avisado— a la expulsión de los jesuitas españoles, hispanoamericanos y filipinos, ordenada por el rey Carlos III, y ejecutada puntualmente, en la Nueva España, el 25 de junio de 1767. Fue una operación, por lo que nos cuentan las crónicas de la época, de admirable sigilo, celeridad y sincronismo. A la misma hora del mismo día, en toda la vasta extensión del territorio novohispano, les fue notificado a los jesuitas el decreto real y la orden de partir en ese mismo momento, sin poder llevar otro equipaje que otro vestido y una muda de ropa, y los sacerdotes su breviario. Todo se cumplió luego y al pie de la letra, sin registrarse otros desórdenes que los ocurridos en San Luis Potosí, donde se amotinó la población civil, domada pronto por el virrey, Marqués de Croix, con mano de hierro. Y recalamos lo del carácter *civil* del levantamiento, porque los religiosos mismos, sin ninguna excepción, obedecieron estoicamente, sin la menor protesta, las órdenes del rey. A Veracruz fueron todos, y de allí, con infinitas penalidades, a la isla de Córcega, verdadero campo de concentración en aquellas circunstancias, mientras se procedía a su distribución en Italia, en el Estado pontificio principalmente. A ningún otro país podían ir, porque en todas partes se cernía sobre ellos la tormenta que a los pocos años había de descargar con la extinción de la Compañía de Jesús, decretada por el papa Clemente XIV. Suerte fue para ellos, a falta de la patria, encontrar la hospitalidad del amable suelo italiano. Suerte suplementaria además, para los expulsos mexicanos, el haber podido radicarse, por la mayor parte, en Bolonia. Al amparo de su antigua e ilustre Universidad, sin rival en Italia, y entre todos los tesoros de ciencia y erudición albergados en la noble capital emiliana, pudieron aquellos compatriotas nuestros proseguir, en el ocio forzado del destierro, la labor intelectual truncada de repente, en su propia tierra, por el mandato del monarca español.

Dicho sea sin agravio de nadie, los jesuitas habían acabado

por tener en Nueva España el primado de la educación superior; y especialmente en el siglo xviii, “nuestro siglo de oro”, como lo ha llamado con tanto acierto Bernabé Navarro, representaban ellos, *en conjunto*, la más alta promoción de la intelectualidad mexicana en todo el tiempo de la dominación española. “En conjunto” hemos dicho —o *corporativamente*, si nos place más decirlo así—, porque no sin grave injusticia podrían olvidarse las grandes figuras del siglo xvii: Sor Juana Inés de la Cruz y Sigüenza y Góngora a la cabeza, o Alzate y Gamarra, por cierto discípulos de los jesuitas, en el propio siglo xviii. Pero con estas o análogas precisiones, queda en pie el hecho de que, como lo decía Gabriel Méndez Plancarte en su inolvidable y maravilloso estudio sobre nuestros *Humanistas del siglo XVIII*, ningún grupo de mexicanos “han realizado tan plenamente ese paradigma superior del humanismo como aquella falange de ilustres jesuitas desterrados que, en la segunda mitad del xviii, maduraron cultura auténtica y visceralmente mexicana, e hicieron irradiar sobre el mundo, desde la docta Bolonia, el esplendor del humanismo criollo”.

La brillante metáfora es del todo proporcionada a la situación. El mayor y más enjundioso mensaje del humanismo mexicano se contiene, en efecto, en la copiosísima producción de estos proscritos que, sabiendo de ciencia cierta que no han de volver jamás a su patria, ponen todo su celo en glorificarla y en servirla, ya por el retrato directo que de ella hacen, o bien, cuando tratan temas filosóficos o teológicos de suyo universales, con el propósito, explícitamente declarado, de que pueda todo ello coadyuvar algún día a la mejor educación de la juventud mexicana. No se encuentra en ellos, ni por asomo, el complejo de amargura y de resentimiento de los *fuorasciti*, cuyo tiempo se consume en urdir intrigas o en excogitar expedientes que tornen posible la restitución a su antiguo domicilio. La única respuesta que dan al decreto del Déspota “ilustrado” —seguimos citando a Gabriel— es “una montaña de volúmenes, fruto de tenaces vigiliias y de operosa dedicación infatigable”. La única respuesta posible, podemos agregar, del creador y del artista, y del varón magnánimo además, en quien no queda la menor sombra ni residuo de hiel.

Todos ellos, pues, dan en el destierro y en Italia lo mejor de sí mismos. Rafael Campoy, su descripción lamentablemente perdida, de la tierra, flora y fauna de México. Agustín Castro, su *Prosodia española*. Diego José Abad, su poema latino *De Dios y de Dios-Hombre*. Francisco Xavier Alegre, sus *Instituciones teológicas* y su traducción de la *Iliada* al latín en el correspondiente metro heroico. Francisco Xavier Clavijero, su *Historia antigua de México*, su *Historia de la California* y su *Historia eclesiástica de Nueva España*. Andrés Cavo, sus *Tres siglos de México*, obra que continúa, en lo que atañe a la época colonial, la *Historia* de Clavijero. Rafael Landívar, por último, guatemalteco de nación, pero mexicano por la elección del tema (aparte de que en aquella época era prácticamente lo mismo) escribe, en el imperial hexámetro virgilano, la *Rusticatio Mexicana*, el espléndido poema descriptivo de la naturaleza y las costumbres mexicanas, en el cual alternan, entre tantas cosas de la Suave Patria, el canto del colibrí con las chianampas, y la corrida de toros con la pelea de gallos.

El tema de lo mexicano, por cuanto resulta de todo lo anterior, es el prevalente, y no falta ni siquiera en las obras donde menos pensaríamos encontrarlo. En el grave poema teológico de Abad: *De Deo Deoque Homine*, entra muy naturalmente la Virgen de Guadalupe, y con ella, más o menos naturalmente, el paisaje de Anáhuac ¡hasta el Pico de Orizaba! No puede menos de aflorar continuamente, venga o no a cuento, el recuerdo punzante de la patria perdida, centro obsesivo y estimulante de aquellos exilados, como lo dice uno de ellos, el padre Maneiro, en la siguiente estrofa:

Tiene la patria no sé qué dulzura
que siempre gira el corazón por ella,
sin hallar otro bien en su amargura
ni en sus viajes ideales otra estrella. . .

II

UN LIBRO ENTERO SERÍA NECESARIO ya no digamos para la completa valoración crítica de esta literatura del México die-

ciocesco y peregrino, sino simplemente para mostrar, en todos sus perfiles y matices, la constitución de la conciencia nacional que en aquellas obras, en las *de re mexicana* sobre todo, queda plasmada definitivamente. En la imposibilidad de acometer semejante empresa aquí y ahora, hemos elegido una figura nada más: la señera figura de Francisco Xavier Clavijero, polarizador como ninguno de todo aquel movimiento. En otros aspectos: saber teológico o vena poética, por ejemplo, le aventajan sin duda otros de sus compañeros, pero nadie como él, con su cultura tan amplia y tan variada, encarna tan cumplidamente el humanismo mexicano. De él podría predicarse también el hermoso epíteto que, a la vuelta de un siglo, se aplicó al gran don Joaquín: “maestro de toda erudición mexicana”. Señalamos, consultando rápidamente su vida y su obra, los hechos más justificativos de estas apreciaciones que nada tienen de hiperbólicas.

No sólo la gloria y el clima, como diría nuestro mayor poeta, “adornan de palmas la frente” de la heroica Veracruz, sino el haber sido la ciudad natal de Francisco Xavier Clavijero, quien vio en ella la primera luz el 9 de septiembre de 1731. Desde muy niño anduvo en la comitiva de su padre, a quien el rey de España había nombrado prefecto de la Mixteca, lo que le dio ocasión de tratar íntimamente a los indígenas de la región y reconocer a fondo su medio y sus costumbres. Cursadas las primeras letras, fue enviado a Puebla para recibir la educación secundaria y superior en los mejores colegios de la ilustre ciudad angelopolitana. Cervantes, Quevedo y Sor Juana, según nos cuenta su biógrafo Maneiro, fueron por esa época sus autores favoritos.

En 1748, sintiéndose llamado a la vida religiosa, ingresa en la Compañía de Jesús. No hay por qué detenernos en ponderar sus estudios filosóficos y teológicos, que fueron brillantísimos, pero sí vale la pena recordar (de ello deja también su biógrafo expresa constancia) que no se limitó Clavijero a seguir la rutina de la Escolástica, sino que, de cuenta propia, leyó lo más que pudo de la ciencia y la filosofía modernas, y muy en concreto, a Descartes, Gassendi, Newton y Leibniz. Por testimonios de lo más fehaciente sabemos cómo en todas las

cátedras que ocupó después, trató de renovar la antigua filosofía, no para abolirla en lo que tenía de imperecedero, pero sí para insuflarle nuevo hálito en lo que tenía de decrepito.

Ordenado sacerdote, pidió a sus superiores que la destinaran al ministerio de los indios, a los cuales quería dedicar por entero su labor apostólica. Accediendo ellos a su solicitud, fue nombrado profesor en el colegio de San Gregorio, erigido en la capital del Virreinato para educar a los indígenas en su lengua vernácula. En breve tiempo pudo Clavijero adquirir el perfecto dominio del náhuatl, la lengua común entre los aborígenes, lo que le permitió atender a sus alumnos en la confesión y doctrinarlos desde el púlpito y en la cátedra.

Por él, por su propio gusto, se hubiera quedado en aquel puesto, porque amaba la sabiduría, más para su gente; pero su Provincial, considerando que sus luces debían irradiar en teatro más amplio, le ordenó pasar a enseñar filosofía en la antigua Valladolid de Michoacán. Con general aplauso desempeñó esta cátedra, entre cuyos auditores estuvo un adolescente llamado Miguel Hidalgo y Costilla. Y así como sería fantasía pura el decir que Clavijero comunicó la idea de la emancipación política al Padre de la Patria, no lo es, por el contrario, la hipótesis altamente probable de que el discípulo haya recibido del maestro la orientación fundamental en la reforma didáctica de la filosofía y de la teología. Antes de ser, en efecto, el caudillo insurgente, Hidalgo fue el "reformador intelectual", como lo llamó Gabriel Méndez Plancarte, a quien igualmente somos deudores de la revelación de este aspecto, hasta entonces poco menos que inédito, del Cura de Dolores.

De Valladolid fue promovido Clavijero a otra cátedra más ilustre aún, la del Colegio de Guadalajara, ciudad que, por contar con Audiencia propia como capital del Reino de la Nueva Galicia, venía inmediatamente después de la capital del Virreinato en dignidad política. Fue allí cuando, en los ocios de que podía disponer, compuso el Diálogo, desgraciadamente perdido, entre Filabetes y Paleófilo, nombres que por sí solos ilustran suficientemente sobre el tema del diálogo; y por si alguna duda quedara, Maneiro nos informa que, en efecto, su argumento era el de que tanto en la ciencia como en la filo-

sosía “debemos procurar inquirir la verdad, y de ninguna manera propugnar alguna opinión establecida conforme al arbitrio de los mayores”.

En Guadalajara le fue notificado a Clavijero el decreto de expulsión; y con la pena adicional de salir de la patria precisamente por su ciudad natal, Veracruz, emprendió un viaje que fue para él más aflictivo aún que para sus compañeros. Después de diecinueve días de navegación entre Veracruz y la Habana, cayó en esta ciudad gravemente enfermo. Convaleciente apenas, siguió, como los demás, para Córcega, frente a cuya costa naufragó su nave. Tres de sus compañeros fueron devorados por el mar, y los demás, después de bregar largamente con las olas, fueron rescatados al fin por una embarcación que afortunadamente acertó a pasar por aquel paraje. De Córcega, como hemos dicho antes, hubieron de salir todos los proscritos, en razón de que la isla pasó a la soberanía francesa en 1768; ahora bien, de Francia, como de España y sus dominios, habían sido también expulsados los jesuitas. En el continente italiano pudieron al fin encontrar asilo y paz: y Clavijero por su parte, después de una breve estancia en Ferrara, pasó por último a Bolonia, donde habitó hasta su muerte.

En la apacibilidad de la culta capital emiliana, donde por tantos siglos había estudiado lo mejor de Italia, comenzando por Dante Alighieri, le fue posible al padre Clavijero madurar y componer su obra: las tres Historias de que antes hemos hecho mención. En ellas quiso, como dice Maneiro, “salvar de la muerte tantos monumentos del Nuevo Mundo” que de otro modo, al no recogerlos la historiografía, hubieran zozobrado irremediablemente en el olvido de los hombres. Decisión motivada sin duda por el amor de México, porque de que perecieran los monumentos de la Papuasía no se le daba un ardite. Este fue, pues, el motivo profundo, y el motivo circunstancial, pero que fue decisivo para acelerar la composición de la obra, la difusión que por Italia, como en el resto de Europa, tuvo por aquellos años la obra del abate Cornelius de Paw: *Recherches philosophiques sur les Américains*, publicada en Berlín el año de 1768. Es la mayor denigración que se haya escrito jamás, como muy luego lo veremos, del hombre y la naturaleza

americanos, y es muy explicable, por lo tanto, que Clavijero haya montado en santa cólera para reivindicar la verdad y de paso propinarle a aquel majadero su merecido. Desde el prólogo de la *Historia Antigua de México* está presente de Paw, y todo el cuarto tomo, aparte de la refutación implícita de los otros tres, está dedicado a asestarle, en cada particular, golpe por golpe.

Causa asombro hasta hoy el pensar que una obra semejante (las tres *Historias* sobredichas) haya podido escribirse en un sitio tan lejano de las fuentes inmediatas de información. Justo es añadir, sin embargo, que Clavijero encontró en Italia, entre pinturas, manuscritos, códices y libros, un material mucho más abundante de lo que él mismo imaginó en un principio. Aparte de lo que personalmente pudo allegar o consultar en Bolonia, Módena y Ferrara, sus amigos de Roma, Nápoles, Florencia, Génova, Milán y Venecia le procuraron buen número de documentos. Lo principal, sin embargo, fue cosa exclusiva del escritor, tanto la preparación remota como la labor hercúlea que supone el dominio y la organización del ingente material.

En la Sexta Disertación de su *Historia Antigua de México*, afirma Clavijero, no por vana jactancia, sino por ser un dato necesario para lo que allí expone, que, con el español y el náhuatl naturalmente, tiene un conocimiento suficiente de los siguientes idiomas: hebreo, griego, latín, francés, italiano, inglés y portugués. De unos más y de otros menos, claro está, pero del italiano, el único que aquí nos concierne, un dominio tan completo como para haber podido escribir directamente en esta lengua la *Historia de California*. En cuanto a la *Historia Antigua de México*, la escribió primero en castellano; pero pensando después que sería más conveniente que la primera edición apareciese en el idioma del país en que vivía, decidió traducirla al italiano, lo que hizo en unos cuantos meses, sometiendo luego su trabajo a la revisión de doctos amigos suyos. Con este título, por tanto: *Storia Antica del Messico*, apareció la obra en Cosenza, el año 1780. En cuanto al manuscrito hológrafo del texto español, pasó por una serie de vicisitudes que sería largo reseñar, y no fue sino en 1945 cuando pudo editarlo en México el padre Mariano Cuevas. A los cuidados be-

neméritos del distinguido historiador y correligionario de Clavijero, debemos el goce, hoy a todos asequible, de poder leer, en la excelente prosa castellana de su autor, una historia de tanto encanto y patetismo, tan movimentada y colorida, como lo es la historia del México antiguo.

La obra tuvo, de inmediato, un éxito clamoroso. Antes que terminara el siglo XVIII, habían aparecido ya las traducciones inglesa, francesa y alemana. En toda Europa tuvo la mayor difusión; y para lo que diremos después, conviene recordar que la traducción inglesa fue hecha por iniciativa del Precursor Francisco de Miranda, el cual, tan pronto como aquélla apareció, se apresuró a obsequiar un ejemplar al príncipe Potemkin, uno de los favoritos de Catalina II de Rusia. Sólo en España, como era de esperarse, no pudo circular la *Historia*, “por su tendencia *criolla* y su firme denuncia de la crueldad española”, según anota oportunamente Antonello Gerbi. En la Nueva España, por el contrario, fue recibido con general aplauso el ejemplar que Clavijero envió y dedicó a la Universidad de México. Al darle cuenta a Clavijero de la resolución adoptada por el claustro universitario, le expresaba el Rector el agradecimiento de todos ellos por “el egregio testimonio de amor hacia la patria dado por un ciudadano desterrado”, y añadía que “la Universidad de México consideraba como un honor el haber engendrado tal discípulo”. Más aún, el propio Virrey, don Bernardo Gálvez, con más amor por México que celo por su monarca (¡qué bueno!) sumóse entusiastamente al homenaje de la Universidad: “Verdaderamente —decía el Virrey— este alumno vuestro es digno de que lo colméis de singulares honores y premios”.

Más celador de la gloria divina que de la gloria humana fue el padre Clavijero, quien a sus otras cualidades añadió la de haber sido un excelente religioso. No obstante, debió haberle sido gran lenitivo, en tantas tribulaciones por que había pasado, el reconocimiento tan caluroso y tan unánime, el de su patria sobre todo, de su persona y de su obra. “En verdad —comentaba no sin donaire— es indicio de que me apresuro a la muerte, pues nunca me han sucedido cosas favorables a su propio tiempo”. La muerte llegó para él, en efecto, a los

siete años de haber aparecido su mayor *Historia*, el 2 de abril de 1787. En la iglesia de Santa Lucía de Bolonia, según hace constar Maneiro, fue sepultado su cadáver.

En el mismo lugar descansan hasta hoy sus restos mortales, sólo que no podemos, desgraciadamente, añadir la consabida especificación de que descansan en paz. La iglesia de Santa Lucía, en efecto, fue *desacrada* (no encuentro otra palabra) por Napoleón Bonaparte, y sin que sepamos el porqué, el hecho es que no volvió jamás a restituirse al culto divino. En la actualidad, según pude comprobarlo por mis propios ojos, la mitad del templo es una cancha de *basket-ball*, y la otra mitad está aturdida de continuo por otro estrépito mayor aún: por el de las máquinas de una laminadora. Pero el subsuelo, afortunadamente, no ha sido afectado por las vicisitudes de la superficie. Bajo el altar mayor están los huesos de Clavijero y de otros jesuitas mexicanos, y su identificación singular, de los cráneos por lo menos, no parece ser cosa imposible, sobre todo cuando poseemos una abundante iconografía de los sujetos. Entre un médico y un antropólogo pueden perfectamente establecer el cotejo entre el retrato y la calavera. De cualquier modo, ningún esfuerzo debe omitirse para lograr la identificación de los restos, y una vez obtenida, para darles la sepultura honrosa que reclaman y en su propia patria.

III

CORRESPONDE AHORA, para redondear el tratamiento del tema que nos propusimos, hacer una apreciación, lo más sucinta posible, de la obra mayor de Clavijero, la *Historia Antigua de México*.

“Para servir del mejor modo posible a mi patria y para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos de la América. . .” Con este doble propósito, o por este doble motivo: el permanente y el circunstancial, declara el autor, al empezar el prólogo, haber escrito la obra.

A la cabeza de los detractores de la naturaleza y del hombre americano estaba, como hemos dicho, el abate De Paw, a quien todavía hoy no nos explicamos cómo pudo haberse prestado en aquella época el menor crédito, así no fuese sino por no haber tenido jamás aquel tipo ninguna experiencia directa del ambiente y de la sociedad que denigró y envileció hasta lo sumo. Pero los libros de escándalo, por lo visto, han hecho siempre fortuna, y el libro de Paw tenía sobradamente todos los ingredientes del caso; ataques a la religión y a los jesuitas (*manger du jésuite* ha sido siempre un platillo suculento), y sobre todo tal vez, como dice Antonello Gerbi, “la completa ausencia del pudor y la pedantería *freudiana* de sus copiosas noticias de peculiaridades y aberraciones sexuales” de los aborígenes americanos. Sin estos excitantes del gusto, difícilmente hubiera podido ser legible lo que no pasa de ser sino un saco de sandeces.

Sandeces, sin embargo, infames y terribles, porque lo característico de la *Weltanschauung* americanista de Paw no es la *inmadurez* del continente americano, como dirá Hegel, sino su *degeneración*. Con lo inmaduro puede uno esperar tranquilamente a que llegue a la madurez (todo es cuestión del tiempo y de la educación); con lo degenerado, en cambio, con lo regresado a la impotencia vital, no hay nada que hacer. No se trata, como se había dicho hasta entonces, del *buen salvaje*, apto como cualquiera para la educación y la cultura, sino de hombres *corruptos*, como repite De Paw hasta el cansancio: de hombres que llevan consigo la putrefacción del cadáver, y no sólo ellos, sino los demás vivientes y la naturaleza que los circunda. Sólo los insectos, las serpientes y los animales nocivos son más grandes y temibles que los de otros continentes. Pero en cuanto a los cuadrúpedos, son de talla inferior (en una sexta parte exactamente) a sus análogos del viejo mundo; y los reptiles, a su vez, han degenerado de tal modo que “los caimanes y los cocodrilos americanos, no tienen ni el ímpetu ni el furor de los africanos”. Sería largo seguir haciendo el recuento minucioso de esta sarta de necesidades, y lo mejor tal vez será dejar la palabra al propio Clavijero, el cual, después de haber expuesto la tesis difamatoria en lo tocante a la tierra, las plantas y los animales (porque De Paw no deja títere con cabeza), la

expone en su elemento más importante, el elemento humano, de la siguiente manera:

“Los hombres apenas se diferencian de las bestias si no es en la figura. . . Son brutos y débiles y están sujetos a muchas enfermedades extravagantes, causadas por el clima insalubre. Pero aun siendo así sus cuerpos, todavía son más imperfectas sus almas. Carecen de memoria, al punto de no recordar hoy lo que hicieron ayer. No saben reflexionar ni ordenar sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni aun de pensar, porque en sus cerebros sólo circulan humores gruesos y viscosos. Su voluntad es insensible a los estímulos del amor y de cualquier otra pasión. Su pereza los tiene sumergidos en la vida salvaje. Su cobardía se manifestó en la Conquista.

“Sus vicios morales corresponden a estos defectos físicos. La embriaguez, la mentira y la sodomía eran comunes en las islas, México, el Perú y en todo el nuevo continente. Vivían sin leyes. Las pocas artes que conocían eran muy groseras. La agricultura estaba entre ellos enteramente abandonada, su arquitectura muy mezquina, y más imperfectos todavía sus instrumentos. En todo el nuevo mundo no había más que dos ciudades: Cuzco en la América meridional, y México en la septentrional, y estas dos no eran más que dos miserables aldeas.

“Esto es un ligero bosquejo —termina diciendo Clavijero— del monstruoso retrato que Paw hace de la América. . . Y he escogido la obra de Paw, porque, como en una sentina o albañal, ha recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás”.¹

Transpira en estas líneas, no hay duda, la pasión; pero es pasión de las buenas, no pasión *antecedente*, sino pasión *consecuente*, según decían los escolásticos: la que nace, en suma, de ver vilipendiada una verdad que se conce no de oídas (como de oídas no más hablan sus detractores), sino por experiencia directa. Pero como dice nuestro tan castizo adagio, no hay mal que por bien no venga, o sea que a la amplitud de la degra-

¹ FRANCISCO XAVIER CLAVIJERO, *Historia Antigua de México*, 2ª ed., Porrúa, México, 1958, vol. IV, p. 9.

dación correspondió, en igual medida, la amplitud de la reivindicación. Si algún servicio nos hizo —y muy lejos estaba de proponérselo— el miserable aquél, según el cual en América *tout était ou dégénéra ou monstrueux*, fue el de haber obligado a su ilustre antagonista a escribir la historia del México antiguo con una riqueza temática que desborda con mucho la mera narración de los hechos históricos. Había que hacer justicia, en efecto, no sólo al hombre americano, sino a su medio físico; y de aquí que todo el libro primero de la *Historia* de Clavijero esté consagrado a la descripción del antiguo Anáhuac: “su tierra, su clima, sus montes, sus ríos y lagos; sus minerales, sus plantas, sus animales y sus hombres”.

De esta *Descripción* es particularmente notable el capítulo 17 sobre el “carácter de los mexicanos (sinónimo de “indios”, como en toda la obra en general) y demás naciones de Anáhuac”. “Sus almas —dice Clavijero— son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotadas de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. La policía (hoy diríamos civilización) que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se excitase semejante duda con un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia”.

Hoy que tan empeñados estamos en hacer la fenomenología del mexicano actual, debería leerse con suma atención esta *Descripción* del mexicano antiguo, muchos de cuyos rasgos han pasado al producto mestizo. Este pasaje, por ejemplo: “Son por su naturaleza serios, taciturnos y severos. . . El desinterés y la liberalidad son de los principales atributos de su carácter. El oro no tiene para ellos todos los atractivos que tiene para otros. Dan sin dificultad lo que adquieren con sumo trabajo”. Manirroto y derrochador, en efecto, es por lo común el mexicano, que más tarda en cobrar la quincena que en dilapidarla.

Es un cuadro en el que, como se ve, alternan las luces con las sombras, como en esto que sigue: “Son muy sobrios en la comida, pero es vehemente su inclinación a los licores espirituosos. . . Es común (no general) en los hombres, el inclinarse más a la mujer ajena que a la propia”. Por partida doble, a lo que parece, porque también el español cojeaba de lo último, nos vienen el machismo y el donjuanismo. Todo lo consigna tranquilamente Clavijero, porque no está haciendo una hagiografía, sino una caracterología. En lo mexicano —sigue diciendo—, como en otro pueblo cualquiera, entra lo bueno y lo malo, pero lo malo puede corregirse por la educación, como lo ha mostrado la experiencia. Y por último, hace Clavijero, al cerrar este capítulo, la siguiente preciosa observación:

“Por lo demás, no puede dudarse que los mexicanos presentes no son en todo semejantes a los antiguos, como no son semejantes los griegos modernos a los que existieron en tiempos de Platón y de Pericles. La constitución política y la religión de un Estado tienen demasiado influjo en los ánimos de una nación. En las almas de los antiguos mexicanos había más fuego, y hacían mayor impresión las ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos, pero más supersticiosos y más inhumanos”.

Muy clara está en estas líneas la actitud fundamental de Clavijero —que luego explicitará largamente en los libros propiamente históricos— ante la Conquista española. A ella somos deudores (a los misioneros más bien que a los conquistadores) de la recepción del Evangelio, con la consiguiente prescripción de los sacrificios humanos, la gran mancha en las civilizaciones del antiguo Anáhuac. Pero al lado de aquel beneficio estuvo la explotación inhumana del indio por el conquistador, y consiguientemente el abatimiento de la raza autóctona, no de otro modo —en la excelente comparación de Clavijero— que los griegos sojuzgados por una potencia más feroz aún, la del Imperio Otomano. Y era en esto en lo que primero debió haber reparado De Paw: en que si de alguna “degeneración” podía hablarse entre los aborígenes, no era una degeneración *a natiuitate*, sino la causada por el trabajo agotador a que se vieron sometidos los naturales: tamemes, laborío de minas, albañiles y

peones de labranza, y todo lo demás, que se contiene en el triste inventario de la explotación colonial. Porque una cosa eran las ordenanzas de la Corona y del Consejo de Indias, y otra muy distinta lo que hacían quienes, al recibir los reales decretos, los ponían de lado con el consabido “Obedézcase y no se cumpla”.

Del estudio del carácter de los antiguos mexicanos pasa nuestro historiador al de la religión, la “policía” (“instituciones” podríamos también decir) y la economía de los antiguos mexicanos, por ser, según dice, “las tres cosas que principalmente caracterizan una nación y, sin saberlas, no se puede formar idea cabal de su genio, sus inclinaciones y sus luces”. Y aquí también, al entrar pormenorizadamente en la descripción de los tres capítulos mencionados, nos pone en guardia Clavijero contra el error en que incurren “los que neciamente pretenden conocer a los mexicanos en sus descendientes”, o sea el juzgar las instituciones de un pueblo libre por el estado de abyección a que lo han reducido sus opresores. Pero en lo más antiguo no fue así, sino que, consultando tanto sus códices como los abundantes testimonios directos de la época, puede afirmarse que “así en el gobierno público como en el doméstico” se aprecian, y en grado eminente, cualidades tales como “el discernimiento político, el celo por la justicia y el amor al bien público”.

Es imposible hacer aquí ni siquiera el catálogo de lo que sobre todo esto dice Clavijero, cuya *Historia*, aparte de serlo en el sentido más manido del término, es también en consonancia con el más alto momento de la Ilustración europea, una historia sociológica —o una sociología histórica, como más nos guste— de las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales de los antiguos mexicanos. Todo se lee, al menos por un mexicano de verdad, con singular fruición y con legítimo orgullo. Hablando, por ejemplo, de algo que tan en el corazón llevaba quien no fue, en definitiva, sino un *maestro* —nada más ni nada menos— escribe Clavijero: “La educación de la juventud, que es el fundamento principal de un Estado y el que da mejor a conocer el carácter de una nación, fue tal entre los mexicanos, que ella por sí basta a confundir el orgulloso desprecio de ciertos

críticos que imaginan reducido a los límites de Europa el imperio de la razón”.²

Son discursos, obviamente, no de un “español”, y por más que por sus venas no corriera sino sangre española. Pero el *ius soli* se impone definitivamente en estos hombres sobre el *ius sanguinis*, y por esto Clavijero y sus correligionarios, según la fina observación de Gabriel Méndez Plancarte, “hablan de los españoles como quien habla de extranjeros, no de compatriotas”. Es el espíritu *criollo*, como dice Gerbi, y que se siente sobre todo cuando Clavijero, después de haber historiado los principales reinos del México precortesiano, se pone a relatar la historia de la conquista. El hecho, empero, de hallarse siempre en plena comunión sentimental con los vencidos, no le impide mantener la serenidad en su narración ni, menos aún, le hace faltar a la justicia que a todos debe, conquistadores y conquistados. “Me aparto igualmente —dice— del panegírico de Solís que de la inectiva del ilustrísimo señor Las Casas”. Y con especial referencia a Hernán Cortés, añade lo siguiente: “No soy panegirista de este conquistador para encubrir sus defectos; pero soy historiador para no acriminarlo contra verdad y justicia”.

Con este temperamento, y sin duda por la evidencia que en estos casos habrá tenido de la verdad y la justicia, reprocha Clavijero a Cortés, entre las cosas de mayor cuantía, el “atentado” de la prisión de Moctezuma, de quien “no había recibido Cortés agravio alguno, sino repetidas gracias y regalos”; “la indigna y bárbara resolución de dar tormento al rey de México” (Cuauhtémoc), y el último suplicio, ordenado por Cortés no más que “por ciertos recelos”, del mismo rey de México, juntamente con los señores de Acolhuacán y Tlacopan. Y del mismo modo censura nuestro historiador los otros muchos desmanes de los capitanes de Cortés (con la gloriosa excepción de aquel espejo de caballeros que fue Gonzalo de Sandoval), sobresaliendo naturalmente el “atroz delito” de la matanza del Templo Mayor, ordenada, en ausencia de Cortés, por Pedro de Alvarado. Allí cayó la flor de la nobleza mexicana, y en el alma de

² CLAVIJERO, *op. cit.*, II, 182.

todo mexicano se abrió una herida que no podrá nunca restañarse.

No obstante y así haya sido, infortunadamente, por el hierro y la sangre, la conquista fue portadora de valores de todo género, aquellos que informaban la civilización occidental cristiana, que por motivo alguno podían menospreciarse, y menos que nadie por un hombre como el padre Clavijero. De ahí que no pueda ubicarse su obra ni en la corriente indigenista ni en la hispanista, si por estas expresiones, tan convencionales por lo demás, han de denotarse sendas direcciones exegeticas, igualmente cerradas y exclusivas. Al referirse a la fusión de una y otra estimativa en la obra de Clavijero, el doctor Rico González escribe con todo acierto: "Habitados como estamos a que el indigenista sólo encuentre sordidez en la conquista, y a que el hispanista vea sólo valores negativos en el México prehispánico, no podemos menos de dar un altísimo valor al hombre que, hace casi dos siglos, encontró lo bueno en ambas partes y trabajó por su integración".³

De sobra sabemos, por lo que vemos hoy todavía en otros países, lo difícil que es esto de la *integración* racial, y no sólo la integración física —que afortunadamente no fue nunca en México mayor problema—, sino sobre todo la espiritual. Hoy estamos ¡al fin! plenamente integrados los mexicanos en sangre y espíritu, y nuestro objetivo final es el mestizaje en todos los órdenes. Para esto, empero, hubo de correr mucha sangre y afinarse mucho el espíritu; y por esto debemos gratitud a quien fue, según todas las apariencias, el primer exponente de la conciencia mexicana cuya expresión actual difícilmente podríamos encontrarla en un texto mejor que el siguiente de Agustín Yáñez:

"La mexicanidad, como fisonomía cultural vigente, nace del recio ayuntamiento de fuerzas, entre sí extrañas, que fue la conquista. Ni esa fisonomía es, como algunos quieren, la arcaica forma de las culturas autóctonas, ni tampoco, según la pasión

³ Víctor RICO GONZÁLEZ, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII*, UNAM, México, 1949, p. 50.

de otros, lo español absoluto que ahoga y suplanta categóricamente —absurdo histórico— cuanto los siglos edificaron en el alma y la tierra aborígenes. No era posible tamaño arrasamiento, ni España se lo propuso”.⁴

Mucho antes de que en Hispanoamérica nos hiciéramos cargo de esto, los grandes escritores españoles habían reconocido el hecho de que, como decía Menéndez Pelayo, “la expulsión de los jesuitas contribuyó a acelerar la pérdida de las colonias americanas”. Y no porque hubieran escrito aquellos desterrados (con la sola excepción del jesuita peruano Viscardo y Guzmán) manifiestos formales de independencia, sino porque a tanto equivalían, aun sin darse ellos cuenta, la descripción que de sus países hacían en sus obras históricas, científicas o literarias. En el caso de nuestra patria, bastaba y sobraba con el retrato de México que hacía Clavijero, para que se comprendiera de súbito que un pueblo de personalidad tan suya y tan original, en modo alguno reductible a la de cualquier otra nación, comenzando por España, tenía que ser, por derecho innato, amo y señor de su propio destino. Y fue esto lo que vio, con su aguda perspicacia, el Precursor Miranda, cuando se apoderó, como de oro puro, de la *Historia* de Clavijero, para presentarla a los poderosos de aquel momento, con el fin de ganarlos a la causa de la liberación hispanoamericana: al omnipotente ministro Pitt en primer lugar, y también, según dijimos antes, a Catalina II de Rusia por intermedio de su favorito el príncipe Potemkin. Con todo lo cual, y para terminar, sube de punto la deuda de gratitud que ha contraído la nación mexicana con Francisco Xavier Clavijero, príncipe de sus historiadores (por prioridad de tiempo y de excelencia hasta hoy insuperada) y promotor de su independencia.

⁴ Agustín YÁÑEZ, Prólogo a *Crónicas de la Conquista de México*, UNAM, México, 1939.